

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Un cojo camina. Dos hombres en la cárcel.
Muchos se admiran.

Los hechos de los apóstoles capítulos 3 y 4
(16 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Un cojo camina. Dos hombres en la cárcel. Muchos se admiran.
Los hechos de los apóstoles capítulos 3 y 4
(16 días)**

Día 1

Hch. 3:1.2; Sal. 84:1.2.10

Delante de la puerta “la Hermosa”

Alrededor de las 15:00 hrs. en Jerusalén, el calor del mediodía ya había mermado algo. Los sacerdotes presentan el sacrificio de la tarde ante Dios. Los monumentales treinta escalones que llevan al templo están ocupados con hombres, mujeres, niños, mendigos y orantes que quieren llegar al templo. Era un cuadro muy conocido, que también había visto Jesús. Alguna vez había tenido que intervenir para que la casa de oración de Su Padre no se transformara en una cueva de ladrones (Lc. 19:45-48). La visita diaria al templo, que era inmensamente grande, era muy normal para cada judío de Jerusalén. Los tiempos de oración eran parte de la vida, tanto como la comida y la bebida, el trabajo y el descanso.

En todo el acostumbrado ir y venir de gente, unos hombres llevan a un mendigo cojo a la puerta “la Hermosa”, una de las entradas al templo. Podría haber sido la puerta de Corinto*, que medía 23 m de altura y estaba muy adornada. Allí el cojo podría además contar con recibir algunas monedas (Dt. 15:11).

En ese día Pedro y Juan también estaban de camino; ellos no tenían problemas en subir los escalones. Estaban felices: El proyecto “misión en Jerusalén” sobrepasa sus imaginaciones, pues su Señor resucitado actúa de forma tal que la iglesia crece diariamente (Hch. 2:46.47). Repentinamente los dos discípulos se encuentran delante del mendigo. Nadie se imagina las consecuencias que tendrá este encuentro.

Pensemos por un momento. ¿Cuáles encuentros con personas tendré hoy? ¿Cómo y con qué atención veo a las personas de mi alrededor? ¿Al cartero o al conductor del autobús, por ejemplo?, ¿a los colegas o a los empleados de comercio? ¿A los extranjeros o a los parientes? Hay diferentes “métodos” para no ver a los “no simpáticos”, a los “molestos” y bloquear a los “incómodos”. Leamos Lc. 10:25-37. Intentemos imitar la manera de ser de Dios: Job 36:5; Lc. 1:46-48a.

*según el patrocinador o financiador se la llamaba también puerta de Nicanor.

Día 2

Hch. 3:2-5

¡Míranos a los ojos!

Él era cojo de nacimiento. Siempre lo tenían que llevar de un lugar a otro. Delante de la puerta “la Hermosa” del templo tenía su lugar de costumbre. ¡Qué sufrimiento! Otros caminan, corren, saltan o cojean y lo dejan de lado. De forma mecánica le ponen una limosna en su mano, apurados para llegar a participar de las alabanzas festivas y de las oraciones, para experimentar la belleza de la casa de Dios. Él traga polvo y tierra; no tiene permiso de entrar al templo, ya que no puede moverse solo.

Lo que en ese entonces era ordenanza para los sacerdotes (Lv. 21:16-23), con el correr del tiempo se impuso como tradición para todos los discapacitados en general. Pero esto no lo había dicho Dios. ¡Al contrario! Jesús tuvo misericordia en forma especial con las personas que tenían problemas físicos: Mt. 11:2-6; Jn. 5:5-9. Ya llevaba más de cuarenta años de su vida sufriendo ante la puerta “la Hermosa” por su discapacidad (Hch. 4:22).

¡Años de oración y súplicas!

El hombre discapacitado mira a los dos discípulos. Probablemente sabe quienes son. Quizás escuchó también algo de lo que se contaba, que estos hombres tenían una situación material asegurada (Hch. 2:45). Entonces valía la pena pedirles directamente una limosna. Pedro y Juan se paran delante de él.

“¡Míranos!” dice Pedro. Todo lo demás ahora pierde importancia. ¡Concéntrate, estimado hombre, tranquilízate a pesar del ruido alrededor tuyo! Tales momentos de atención interior experimentaron muchos a los que Dios de repente les habló: Éx. 3:1-5; Jer. 1:9.

Hasta el día de hoy esto sigue valiendo: En el culto, durante el viaje en el tren, o en una caminata en algún lugar en el camino. De repente: ese silencio interior y disposición de escuchar; Cristo habla y todo lo demás tiene que callarse.

Día 3

Hch. 3:6-8; 2:43; Mt. 10:8-10

Bolsa vacía; corazón repleto

Pedro no tiene dinero. Él es pobre. Sin embargo vive un secreto que lo une con su Señor resucitado. Él había aclarado en un gran discurso de qué manera sus seguidores debían andar en el mundo: Mt. 10:9. Si comparamos nuestro confort con estas “reglas para mensajeros de Jesús”, seguramente nos sentiremos incómodos. Yo también viajo con valija y monedero, tengo más que dos “túnicas” y más de lo que se necesita.

Los dos apóstoles, que se acuerdan bien de las palabras de su Señor, sí viven según Sus preceptos. Si estas palabras nos impresionan hoy en forma especial y nos despojamos de algo que nos parecía muy necesario, entonces descubriremos que no nos habremos empobrecido.

Pedro lleva algo consigo que no cabe en un monedero: Jesús está con él. En Su nombre él está en camino. Este poder que emana del Resucitado, lo quiere compartir con el mendigo: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!”. Pedro no habla mucho sino actúa literalmente, pues “tomándole por la mano derecha le levantó”.

También en el sorprendente discurso de comisión de Jesús notamos el actuar (Mt. 10:8) con el predicar (Mt. 10:7) en la relación de 4 frente a 1. Jesús aprobaba el obrar de los apóstoles con milagros muy sorprendentes, como también aquí: el cojo de repente se pone de pie, salta, brinca, corre. Los tobillos, tendones y músculos sostienen lo que deben sostener. Y el hombre no corre a casa, sino derecho junto con ellos al templo. Muchas palabras de agradecimiento brotan de sus labios. Él contempla a Dios; lo adora. Casi estalla de gozo y felicidad. Él es la ilustración “caminante” del Salmo 50:15 e Isaías 35:6.

Día 4

Hch. 3:9,10; Sal. 33:6-9

Dios habla

Una hermana cuenta: “Estando de viaje con el coche puse la radio. Se trataba el tema de la libertad de los impuestos. El reportero describió a un hombre anciano de esta isla Guernsey que atiende allí un café y una quinta en la cárcel. Su vestimenta parece muy extraña: ‘De la cintura para arriba usa su vestimenta profesional: Collarín blanco y camisa negra; de la cintura hacia abajo tiene puesto pantalones cortos y zapatos rústicos’. Ricardo Bellinger era sacerdote anglicano. El reportero le preguntó cómo había llegado a su

profesión.

Bellinger contestó con su voz que infunde confianza: ‘Yo no lo esperaba, ni lo quería. Pero cierto día, hace más o menos treinta años, estuve al lado de nuestra vieja cocina, tomando un vaso de vino, y de repente Dios me habló: ¡Ricardo, quiero que tú seas sacerdote!’

En un primer momento él pensó que se trataba de un chiste; pero también sentía que de parte de Dios la cuestión era seria. Dos comisiones selectivas lo rechazaron, pero un obispo al final lo consagró sacerdote.

Un llamado junto a la vieja cocina, nadie más lo podía apreciar; solo él escuchó el llamado. El anciano sacerdote anglicano contó aun más, pero ya había llegado a mi lugar de destino y apagué la radio. Esa historia me recordó que Dios me habló a mí también en un viaje en tren: ‘¡Quiero que seas diaconisa!’ Así fue. Esto parecía algo muy extraño, parecido al llamado de Bellinger o la curación del cojo. Yo de mi familia no tenía el perfil de diaconisa; como tampoco el cojo de la puerta de la Hermosa tenía articulaciones sanas. Sin embargo Dios le habló a él a través de Pedro. Y a mí me habló en el tren lleno de gente; a Ricardo al lado de la cocina. Él no quiere que vivamos por debajo de Sus grandes posibilidades que tiene preparadas para nosotros”. (Lea Am. 7:14.15; Jn. 14:23; 15:9-16.)

Día 5

Hch. 3:11-19; Jn. 15:26.27; 16:7-11

¡Volveos, gente!

Como un fuego se propagó el mensaje de la curación del cojo, quien estaba “pegado” a Pedro y a Juan. Muchos seguían a los tres al pórtico de Salomón, donde también a Jesús le gustaba estar (Jn. 10:23). Pedro comienza a predicar (Hch. 3:12a; comp. Mt. 10:20).

En primer lugar dijo: ¡”Hombres, pensad bien”! Nosotros no hemos curado a este hombre, sino Dios, que es grande y ya hace mucho tiempo nos ha invitado a hacer un pacto con Él ...” Imaginémos que Pedro estuviera parado en una de las amplias plazas en nuestras ciudades o delante de una catedral y predicase allí:

“Queridos hermanos y hermanas alemanas, españoles, argentinos ... Dios hace cientos de años os ha invitado a que lleguéis a Él. Miles os han hablado del evangelio, dando la buena noticia: Jesucristo es el Salvador del mundo. Por la fe en Su nombre cada uno puede ser salvo de su pecado, que lo destruye sin perdón.

Pero vosotros habéis elegido por gran mayoría a un hombre con barba, pero vestido de mujer, como victorioso en un gran concurso de música. Vosotros os jactáis de vuestra ‘tolerancia’ y habéis perdido los buenos valores. Vosotros matáis a niños antes de nacer y justificáis la maldad. Vosotros pudistéis leer desde hace siglos la Palabra de Dios en vuestra lengua materna y la usáis burlándoos de ella en vuestros chistes. Hombres, ¡arrepentíos, volveos y echaos en los brazos de Dios! ¡Arrepentíos y confesad vuestros pecados! Solo entonces tendréis el chance de una vida nueva, sana y eterna”. (Esto vale para otros países también)

“Pedro, ¡termina! Queremos tener un poco de alegría. ¡Te volviste demasiado personal”! Pero, “solo aquél que invita de manera personal al Salvador a entrar en su vida, puede comenzar de nuevo”. (Lea Jn. 1:12.13; 3:16; 5:24; Ap. 3:19b.20.)

Día 6

Hch. 3:19-26; Fil. 2:5-11

El nombre sobre todos los nombres: Jesús

Mientras tanto el lugar delante de la catedral está repleto de gente. La campana toca cinco veces, ya es la tarde de ese día especial. Pedro podría decir: "Amén". Sin embargo él tiene que hablar una vez más con palabras fuertes y entendibles, enfatizar lo más importante. En realidad la mayoría de ellos ya lo saben desde el jardín de infantes, las clases de religión, del bautismo de sus hijos, de los entierros de personas queridas. Una y otra vez han escuchado que Jesús de Nazaret fue crucificado, que murió y resucitó al tercer día de entre los muertos; que ascendió a Su Padre celestial y envió al Espíritu Santo en Pentecostés; y que desde este tiempo el evangelio es predicado en todo el mundo, sin parar.

¡"Escuchad, la hora ha llegado"!, exclama Pedro. "El que rechaza a Cristo, no tomando en serio Sus palabras, entreteniéndose con otra cosa, perecerá (Hch. 3:22-24; comp. Jn. 3:16-21). Yo podría llorar pensando que uno de vosotros rechace esta posibilidad. Se trata de salvación o perdición, de vida o muerte, de cielo o infierno.

Vosotros podéis leerlo en las Escrituras. Probablemente las tenéis en vuestra biblioteca o en vuestro smartphone o laptop. No importa si están escritas en papel o las podéis leer en forma digital. Leed por ejemplo He. 2:1-4 y aplicad vuestros corazones a lo que dice ahí. El nombre de Jesús es el único en el mundo al que podéis clamar para ser salvos del barro del pecado. Es el único nombre al cual se doblarán todas las rodillas, reconociendo y confesando que Jesucristo es el Señor. Solo aquél que atiende a Su Palabra no perecerá, cuando ese nombre sea exclamado con el son de la trompeta". (Lea 1.Co. 3:11-13.)

Día 7

Hch. 3:12-26

¡Entendido!

Hoy hemos leído el texto de la predicación todo entero. ¿Es una prédica de invitación o de rechazo? Dos aspectos se tratan especialmente: El pecado de los oyentes y el poder de vida del Cristo. Las palabras van y vienen: Vosotros lo matasteis al Cristo, Dios lo resucitó. Vosotros elegisteis a un asesino, al inocente lo crucificasteis. Vosotros atendisteis a las mentiras, mas para las palabras de Cristo cerrasteis los oídos.

¿Acaso el método de predicar de Pedro no es muy duro? ¿Acaso no es demasiado extremista? ¿O es muy falta de amor y comprensión? ¡No, para nada! Es cierto que Pedro pone el dedo en la llaga, pero también muestra el bálsamo que cura. Solamente las palabras claras hacen ver la situación y eso es misericordia. Pedro sabe que sus oyentes conocen las Escrituras. Diariamente leen o escuchan las palabras de la Tora, palabras del Antiguo Testamento.

Pedro necesitó seis semestres de aprendizaje junto con su maestro y rabí Jesús, para comprender que muchas profecías del Antiguo Testamento señalaban a Él, al Mesías. Pero ahora lo ha entendido. Ahora ya no puede parar. Él cita profecía tras profecía para mostrar que Él es aquel a quien esperamos, Él es el Ungido, Él es el Mesías, Él es el siervo de Dios, quien os sirve a vosotros para quitar vuestros pecados. (Comp. Lc. 24:25-27.)

Al terminar la prédica de Pedro, muchos entienden y reciben la salvación, se dejan curar del veneno del pecado. (Hch. 4:4). Esto moviliza al infierno. Satanás reacciona furioso con su veneno. A los que cambian al otro lado, como lo describe Ef. 5:8-11, el diablo los ataca duramente. Sin embargo el Señor Jesús resucitado otorga Su victoria sobre el poder de las tinieblas y de los demonios (Hch. 19:11-20).

Día 8

Hch. 4:1-3; Ecl. 10:1

El modelo antiguo

Siempre alguien se pone envidioso si el vecino tiene éxito en algo. Alguien encuentra “el pelo en la sopa” que la hace perder el gusto. Alguien hace caer la mosca muerta de hablar mal (a espaldas del otro) de la buena obra que ayudó a otro. Alguien, yo, tú, usted, nosotros. Es un viejo modelo. Es tan viejo como la misma humanidad: la envidia y el mal pensar arrancan el programa. Nadie está libre de esto.

Respecto a las personas que viven sin Dios, normalmente se tienen en cuenta estas artimañas que son manejadas por la envidia. Un experimentado jefe del ejército lo ve (Mt. 27:15-18), pero está impotente de hacer algo en contra (Mt. 27:22-26). Si personas de altas posiciones se dejan controlar por la envidia y se deshacen de sus oponentes con maldad, esto se torna en una situación insostenible y malvada.

También es terrible cuando personas que diariamente leen la Biblia y asumen responsabilidades en instituciones cristianas, a la vez se ven consumidas por la envidia. En el texto de hoy los grandes teólogos tienen que luchar justo con esto. Desde el primer momento que el diablo les inyectó el veneno de la envidia (Mr. 1:27.28; 3:5.6) intentaron destruir a Jesús. Ellos no aguantaron compararse con Él. Él predicaba mejor que ellos. Él predicaba con la autoridad de Dios. Él era independiente, libre, insobornable. En la interpretación de la Escritura nadie le sobrepasaba (Mr. 12:13-17).

Él no había estudiado por años la Tora como ellos. Y ahora este asunto: aunque Jesús no está más, parece que todo empieza de nuevo. Las multitudes se juntan alrededor de ese pescador, un seguidor de Jesús, llamado Pedro. La gente se convence y cree que Jesús aun vive y le perdona sus pecados. Los superiores estaban muy “resentidos”.

Preguntémosnos: ¿Qué me hace sentir resentimiento? ¿Qué parte de mí es manejada por la envidia, aunque aparentemente se ve piadosa y responsable? Hagamos la prueba según Stg. 3:14-18.

Día 9

Hch. 4:1-7; Is. 51:7.8

Sin licencia

Pedro y Juan eran pescadores. No eran médicos ni teólogos. Por eso había una razón formal para arrestarlos: curar y predicar sin licencia. Los evangelistas están presos, pero al progreso del evangelio no se lo puede frenar, sino que cada vez se expande más. Muchos están convencidos y asombrados de ese mensaje de resurrección y perdón de pecados.

Al día siguiente se junta el sanedrín, el consejo supremo (o el concilio). El gremio tenía setenta y un miembros. Eran personas renombradas de Israel por sus cargos religiosos o de la nobleza y los importantes del pueblo. La dirección estaba a cargo del sumo sacerdote en ese tiempo. Cuando Pedro y Juan comparecen delante de estos hombres importantes se habrán acordado: la misma situación como en el proceso contra Jesús. Las mismas caras airadas. Anás estaba sentado allí, aunque los romanos lo habían derrocado, y ahí también está su yerno Caifás. Ambos eran personas corruptas, sobornables y con mucha influencia en el concilio. Caifás era aquel quien dio el decisivo impulso para matar al Hijo de Dios (Jn. 11:46-52).

¿Acaso los discípulos podían esperar de tal concilio una sentencia justa? En realidad esto no era posible. Pedro había experimentado “desde lejos” de qué manera Caifás había tratado a Jesús, cómo había sobornado a falsos testigos y finalmente había pronunciado la decisiva pregunta: “¿Eres tú el Cristo?” (Lea Mt. 26:57-68.) Desde ese proceso turbulento habían pasado solamente algunas semanas.

El proceso de los discípulos comienza también con una pregunta: “¿Con qué potestad o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?” Nos asombra ese cuestionamiento. Todos lo saben que un muy conocido hombre cojo había sido curado, y justamente en el nombre de Jesús de Nazaret, del cual ellos nunca más querían escuchar nada. Sin embargo, en ese nombre comenzaremos hoy nuestros quehaceres, en este nombre nos juntamos y oramos a nuestro Dios (Jn. 20:30.31; Col. 3:17; 1.Jn. 3:23).

Día 10

Hch. 4:8-12; Mt. 1:21

Cortés, preciso, exclusivo

Probablemente Pedro se sonreía un poco al contestar: “Supongo que vosotros os referís a este hombre (señalándole), al cual hicimos bien. Él estuvo enfermo y ahora está sano delante de vosotros ... “ Todos asentaban con sus cabezas. Naturalmente se trata de ese hombre. “Entonces vosotros queréis saber quién es responsable de esta curación”. Ahora sigue un versículo clave en este capítulo: “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificastéis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano”. Ahora han escuchado el nombre del hombre que ellos no querían mencionar, al cual habían crucificado.

Estas palabras sencillas y precisas provocan un cambio, los acusadores de repente son acusados: “Vosotros lo crucificastéis”. Además Pedro menciona un texto que afirma aun más lo dicho: Jesús es “la piedra que desecharon los edificadores, (la cual) ha venido a ser cabeza del ángulo” (Sal. 118:22).

Aun con esto no es suficiente. Pedro lleno del Espíritu Santo pronuncia una frase de las más importantes en el libro de los hechos de los apóstoles: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Es una frase con dinamita. Hasta el día de hoy pretende tener el exclusivo derecho el Señor Jesucristo de ser aceptado como El Señor (comp. Jn. 14.6).

Nosotros conocemos muchas lenguas, culturas, iglesias y opiniones. Tenemos tolerancia, somos liberales, le damos a todo el mismo valor. Cada uno respeta al otro, lo deja en paz. Entonces tenemos paz, gozo... pero no estamos en el camino hacia Dios. Eso no es el propósito de nuestra existencia. No es el camino a la felicidad. La felicidad es la redención de la muerte, que nos hace como los que sueñan, los que se rien de felicidad y que son salvos eternamente (Sal. 126:1.2). Es la pura felicidad que disfrutaremos de lleno junto con Jesús: Is. 35:10; Ap. 7:10-12; 21:4.5.

Día 11

Hch. 4:12; Jn. 3:14-16

La redención tiene un nombre: Jesús

Ese nombre debe ser conocido por todos. No hace falta hacer grandes cosas o gozar de una gran preparación. “¡Espere usted!, le ayudaré, le llevo la valija hasta adentro del tren.

Además tengo algo para leer para usted, le deseo un buen viaje". Uno puede orar por aquella persona. O una visita a la vecina enferma. Escucharla, sentir con ella, ayudar un poco a los hijos: "Querida vecina M., usted tiene muchos dolores, también está muy preocupada. ¿Me permite que yo ore por usted, diciendo todo esto al Señor Jesús? Él puede salvar".

Estos son solamente dos ejemplos de las muchas posibilidades que tenemos para testificar y hacer conocer el nombre salvador de Jesús. También podemos pensar en la joven israelita que fue secuestrada por soldados. Como esclava estaba en una casa de gente pagana. Muy lejos de sus padres y hermanos, pero en su corazón cerca de Dios. Ella observaba la desesperación que reinaba en la familia. La cabeza del hogar, un renombrado general del ejército, tenía una enfermedad fatal. A pesar de su cuerpo bien entrenado, la enfermedad lo consumía. La joven esclava sabe que Dios puede ayudar a este hombre. Lo dice con toda franqueza. Después de algunas dificultades y vueltas dramáticas, este hombre es sanado de su enfermedad. (Lea 2.R. 5:1-14.)

No importa en que lugar estemos; en la escuela o en el lugar de trabajo: en todos lados hay problemas, conflictos, enfermedad, pena y desesperación. Podemos pedir que Jesús nos de sabiduría y empatía para hablar de Él de tal manera que la gente se dé cuenta: ¡Hay salvación!

¿Habrà ayuda o solución para mí? Sí, pues Él dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mt. 11:28). Sí, la salvación tiene un nombre: Jesús.

Día 12

Hch. 4:13-22

En aprieto

La respuesta apasionada de Pedro no lleva más que un minuto. Aunque había dicho verdades muy grandes, no se produce un tumulto, el sumo sacerdote no rasga su vestimenta como en aquel momento (Mt. 26:65-68). Los principales, sabios y ancianos de Israel se ven en un aprieto: Si es cierto que ese Jesús resucitó de los muertos entonces realmente habían sentenciado y ejecutado al Mesías. Inimaginable para un judío, aun inimaginable para uno de los responsables en Israel.

Aunque ellos catalogan a Pedro y Juan como hombres sencillos, laicos, que teológicamente no están preparados, igualmente el discurso con tanto denuedo los hace quedar sin palabras. Sorprendidos tienen que reconocer que espontáneamente no pueden decir nada en contra. Además reconocen "que ellos habían estado con Jesús".

También nosotros hablamos a veces con personas acerca de la realidad de que solamente Jesús puede salvar, y que solo Él puede darnos la ciudadanía del cielo (Fil. 3:20.21). Es bueno que entonces la persona con la que hablemos no albergue ninguna duda de que pertenecemos a Jesús. Es importante que aun el mejor discurso sea acompañado del calor del corazón.

Los dos apóstoles y el hombre sanado esperan su sentencia. Los hombres del concilio necesitan tiempo para salir de su aprieto. Es imposible para ellos reconocer su culpa. Pero que el hombre cojo ya no cojee más, tampoco se puede negar. Además el pueblo está muy entusiasmado por estos predicadores laicos. Entonces los sueltan con una amenaza: ¡Ay de vosotros si nuevamente iniciáis algo público en el nombre de Jesús, entonces ...! Pero ellos no se intimidan y responden muy sabios: v.19.20. Esto también nos ayuda a nosotros. Donde tengamos oportunidad testifiquemos con denuedo a Jesús (2.Ti.4:1-5; Lc. 12:8).

Día 13

Hch. 4:19.20; 1.P. 2:11-17

¡No lo podemos dejar!

¡Qué bueno que no estamos solos con la tarea de testificar de Cristo! En todo el mundo se cumple este servicio. Cuando estamos débiles y perezosos, otros nos animan con su ejemplo. Pensemos en el pastor Samuel Lamb. Su congregación en la gran ciudad de Guangzhou tiene más de cuatro mil miembros. ¡Qué hermoso! ¿Cómo fue posible tal crecimiento?

Todos sabemos que los cristianos verdaderos no tienen una vida fácil en China. Esto lo experimentó también Samuel Lamb. Veinte años tuvo que trabajar en una de las minas de carbón de Mao porque se negó a inscribir su iglesia casera en el registro controlado por el estado. Él cuenta: “Aprendí que la amargura no ayuda para nada. Ni con respecto a las personas que me perseguían, ni con respecto a Dios. Cuando estuve en la cárcel, se murió mi esposa. No la podía enterrar. En algún momento me di cuenta: Dios permite el dolor, la pérdida y el maltrato para que podamos crecer. Siempre tenemos que estar dispuestos a sufrir. También estar dispuestos a ser apresados en el próximo momento. Yo siempre tenía preparado un bolso para la cárcel. Si tenía que ir a la policía, lo agarraba simplemente e iba. Nunca sabemos lo que pasará mañana. ¡Estad preparados!”

Además él cuenta varias veces en su biografía que estuvo tentado de negar a Jesús como Pedro: Pero no solo tres veces, sino trescientas. Sin embargo no podía dejar de testificar de Jesús a pesar de las amenazas y violencia que sufría en su cuerpo. Samuel Lamb murió el 3 de agosto 2013, a la edad de 88 años. Él llegó a ser un gran ejemplo para muchos creyentes en todo el mundo. ¡Qué él nos pueda contagiar, cuando nos sintamos tímidos!

Pensemos en Ro. 1:16.17. ¡Aguantemos fielmente las dificultades que se producen al actuar de esta manera! (Lea Mt. 10:22; Stg. 1:2-4; 1.P. 5:10; Ap. 2:8-11.)

Día 14

Hch. 4:23-31; Stg. 5:16

La oración en comunión

Pedro y Juan fueron derecho a “los suyos” y les comentaron todo lo sucedido. Qué bueno que tienen un lugar del cual saben: ahí pertenezco, ahí me escuchan, ahí soy bienvenido. Después de haber contado todo lo que les había pasado desde la oración de la tarde, todos los demás podrían haber lamentado en voz alta: “¡Ésto es lo último! ¡Cómo pueden ellos atreverse a tal atrocidad! Arrestar a nuestros hermanos en la cárcel, dándoles pan y agua, aunque no habían hecho nada malo. Solamente porque hacen el bien y anuncian la verdad, el concilio se comporta con tal arrogancia ...”

Felizmente los acontecimientos ocurrieron de otra manera: Los creyentes escucharon el informe y se dirigieron, sin lamentos, directamente a Dios. A la instancia que está sobre todo. Al Creador del cielo y de la tierra y que manda sobre todos los gobiernos del mundo. Señor, “verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste” (v.27; comp. Ef. 6:18.19; Col. 4:2.4).

Se trata de Cristo y no de nuestros estados de ánimo. “Por favor, Señor, mira lo que ellos hacen. Confiamos en el hecho que nada pasa sin que lo permitas, que tu plan de salvación

también para nuestra ciudad está hecho”. Los discípulos no piden que el Señor quite las amenazas o castigue a los que los han amenazado. Ellos piden: “Concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra” (v.29).

Ellos no esconden su cabeza, pues, Cristo es su cabeza, al cual levantan su mirada. Ellos piden además que Su Palabra sea “comprobada” por señales y milagros. A Dios le agrada lo que sus seguidores piden. Con un movimiento sensible Él dice: “¡Sí!” (v.31).

Preguntémonos: Nuestras oraciones ¿se tratan de Jesús y de Su reino?

Día 15

Hch. 4:31-33; 1.Co.3:16

El milagro de comunión

La clara aprobación de Dios tiene consecuencias: a. Todos fueron llenados del Espíritu Santo. Por esa “vida en el Espíritu” deberíamos también pedir una y otra vez (Ef. 5:18b; Lc. 11:11-13). b. Todos hablaron francamente del buen mensaje de Jesús. Pues “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt. 12:34b). Así se cumple lo que Pedro anunció ante el consejo sublime: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído...” En las calles, plazas, callejones, casas y chozas, Jerusalén está llena del nombre del Señor Jesucristo; Él ha resucitado, vive y es poderoso. c. Todos disfrutaban una cordial comunión entre ellos. A pesar de lo que decimos como un dicho: “Donde hay hombres juntos, se nota lo humano. No faltan las dificultades. Existen tensiones ...”

En estos pocos versículos se nos muestra otro modelo. Uno que corresponde al pedido entrañable del Hijo de Dios al Padre: “No ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno” (Jn. 17:20.21).

Aquí al comienzo de la iglesia brilla algo de este milagro. Siempre ocurre esto cuando el Espíritu Santo tiene suficiente lugar en una comunidad. La auténtica cordialidad quita el frío y la indiferencia por el hermano o la hermana. Entonces se derriten la altivez y el orgullo como la nieve en el sol, ahí termina la egolatría. Los unos a los otros se tratan amablemente, atentos y con cuidado, sin lisonjear o adular ni con hipocresía. El apóstol Pablo lo describe con otras palabras en Fil. 2:1-4 (comp. 1.P.3:8-12).

Día 16

Hch. 4:34-37; Dt. 15:4

¿Comunismo de amor?

Otro efecto de la obra del Espíritu Santo resalta: la actitud diferente hacia los bienes. Sin una asamblea para los creyentes que estableciera las reglas y la manera de conducirse, ellos comparten por cuenta propia todo lo que tienen en forma sencilla y natural. El que tiene más, da a aquel que tiene menos o nada. Realmente es así que los creyentes actúan de acuerdo a lo que quiere el Señor: “Mas cuando tú des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha” (Mt. 6:3.4).

Algunos ven en estas actitudes una forma primitiva de comunismo, el cual fue propagado en el siglo 19 por Karl Marx. Pero no es así. Si este hombre con su abundante barba se hubiese dejado guiar por el Espíritu de Dios, no hubieran corrido tantos ríos de sangre, como pasó en la realidad: La violencia, opresión y las actitudes inhumanas son las características de su inaceptable utopía.

El amor, la disposición libre y la misericordia, éstas sí son señales del Espíritu Santo. Él

motiva a los hijos de Dios (Ro. 8:14-16). Ellos ven a su prójimo en su necesidad y actúan de acuerdo (Lc. 10:33-37). Bajo Su dirección abren silenciosamente su monedero y dan el último centavo si es para la honra de Dios (Mr. 12:41-44).

Ante este trasfondo es imposible unir el amor de Dios a la ideología comunista. Solamente en este sentido tienen algo que ver: Que también para el comunista más duro vale el mensaje del amor de Cristo.

Al final de nuestro capítulo se habla de Bernabé. Sus hermanos le daban el sobrenombre de "hijo de consolación". Existen personas que irradian desde adentro este don. Ahí hay alguien como: "el alma de la casa", o "aparece la luz cuando él o ella entra a la pieza"... Nuestro mundo apurado y orientado por los logros, tiene nostalgia por un oasis de calor, de esperanza, de amparo y de gozo. ¡Tengamos en cuenta que somos bendecidos, pues sobre nosotros está la luz del rostro de Dios (Nm. 6:24-27).